

Pues bien; hállese referida la misma profecía por San Mateo y San Marcos, cuya autoridad reconocéis: "¿Veis todas estas cosas? dijo Jesús á los que le mostraban la fabrica del templo: En verdad os digo, no quedará aquí piedra sobre piedra (1)."

Pero ¿qué necios somos en tomarnos este trabajo, puesto que conviene en ello M. Renan! Si, conviene en la anterioridad de la prediccion, y conviene, no solamente por el testimonio de San Mateo y de San Marcos, sino por el de San Lucas mismo, aun despues de haberlo rechazado cuatro veces (2).

¿Luego él mismo cae en sus propias redes, se dirá? Así sería, sino fuese un libre pensador que juzga y no es juzgado, y que se rie de la discusion y de la razon.

Estos señores tienen privilegios verdaderamente sobrenaturales contra lo sobrenatural.

No adivinariais nunca cómo despues de haber negado la profecía de Jesús sobre el templo contra toda prueba, despues de haberla confesado contra su propia negacion, la explicara contra el carácter sobrenatural de prodigio que ha reconocido en ella de una manera tan paladina.

"Mas perspicaz que los incrédulos y los fanáticos, dice, adivinaba Jesús "que aquellos soberbios edificios habian de ser de corta duracion (3)."

No acariciaremos este último rasgo comentándolo, puesto que cae por sí mismo, y acaba de demostrar, respecto de las profecias, la verdad de nuestra fé, con la sinrazon del impío.

Ademas de su general trascendencia, tiene esta demostracion una trascendencia radical contra toda la obra de M. Renan, que debemos notar al concluir este capitulo.

Las profecias atestiguan la existencia y la intervencion de un ser que domina los tiempos y los acontecimientos; para quien no hay tiempo, que es eterno. *Ellas nos obligan á reconocer que es ETERNO*, segun la justa expresion con que el mismo se caracteriza en sus profecias.

Ahora bien, en esto es manifiestamente *sobrenatural* y verifica un acto manifiesto y brillante, puesto que es verdad que se halla la naturaleza humana sujeta al tiempo, y es inevitablemente presa de esta esfinge que está sentada á las puertas del porvenir y que guarda sus misterios.

Tenemos, pues, en las profecias, hechos confesados por nuestros adversarios, y cuyo carácter sobrenatural en sí mismo, se halla probado por la ridícula imposibilidad de sus explicaciones.

Y estos hechos no son, como dice M. Proudhon, hechos que no responden á las condiciones de la ciencia, *verificados por excepcion, notados por casualidad, designados por testigos privilegiados*, sino que son hechos *constantes*, cual los hubo jamas, hechos que se dividen la historia entera de la humanidad, en dos mil años de profecía y dos mil años de cumplimiento;

(1) Math. XXIV, 1. 2.—Márc. XIII, 1. 2.

(2) *Vida de Jesús*, pág. 339.

(3) *Ibid*, pág. 211.

hechos que tienen dispersada por el universo á toda una raza para testigo ciego de la profecía, y al mundo entero por teatro del acontecimiento; hechos, en una palabra, que hacen de la Religion un milagro perpetuo que atravieza los siglos, desde el origen hasta el fin de los tiempos.

Lo sobrenatural, el milagro en sí mismo y con relacion á Jesucristo, es pues lo mas histórico y mas patente que hay en el mundo. De El se halla formada la historia y todos nosotros somos sus actores.

Decir despues de esto que es imposible lo sobrenatural, es decir una cosa que hace bien en ponerse al abrigo de toda discusion, porque no podria soportarla.

Y como este es el único argumento de M. Renan, sobre que gira toda su obra, ésta cae á tierra naturalmente en las demas partes que nos restan que examinar.

CAPITULO VII.

LOS EVANGELIOS.

"Es evidente que los Evangelios son en parte legendarios," dice M. Renan, puesto que en ellos abunda lo sobrenatural (1) y que lo sobrenatural "es imposible (2)."

Tenemos ya derecho de retorcér el argumento, diciendo: Eso no es evidente, puesto que se ostenta lo sobrenatural en las profecias, y en consecuencia, siendo real, es posible.

Ademas, reconocemos que no se resuelve con esto solo la cuestion, sino que resta que examinar si es verdadero lo sobrenatural de los Evangelios y si estos son históricos.

Esta es una cuestion de autenticidad y de credibilidad como cualquiera otra de esta clase, y que debe tratarse con razones que le sean propias.

M. Renan no produce ninguna de estas razones en contra, y nos gratifica con sus confesiones sobre la autenticidad de los Evangelios.

Esto es lo que vamos á demostrar, procediendo siempre á consignar y justificar, con respecto á él estos dos puntos: valor de sus confesiones ó reconocimientos; pobreza de sus explicaciones.

I.

Las confesiones ó reconocimientos de M. Renan sobre los Evangelios,

(1) Introduccion, pág. 15.

(2) A cada paso.

así como sobre las profecías, inauguran una nueva era para la polémica cristiana. Confiada la incredulidad en la debilidad de la razón de este tiempo, fuerte en particular con su famoso principio de la imposibilidad de lo sobrenatural, ha creído poder ser impunemente sincera en sus confesiones, liso nejeándose de rescatarlas con sus explicaciones.

Era por otra parte necesario que ella misma se condenase, obligada á ello por los grandes trabajos de la apologética cristiana. Y en efecto:

Jamas se ha cuestionado antes del último siglo sobre la autenticidad de los Evangelios. Jamas han suscitado los mas encarnizados enemigos del Cristianismo, en la época no obstante en que era mas fácil de desenmascarar el fraude histórico, la mas ligera sospecha contra esta autenticidad. Jamas imaginaron Juliano, Celso, Porfirio, los herejes, los judíos vigilantes, celosos é investigadores incesantes de todo cuanto podía desacreditar estos títulos de nuestra fé, poner estos en duda. Han discutido el carácter ó la influencia de los hechos, pero no su existencia y su narración, y aun han llegado á formarse con ellos una arma contra nosotros. "Se halla tan justificada la autoridad de nuestros Evangelios, decía San Ireneo en el segundo siglo, que los mismos herejes les rinden testimonio. Es, pues, muy verdadera nuestra doctrina, puesto que está apoyada en los libros que nuestros mismos adversarios confirman, reconociéndolos y confesándolos (1)."

Ha habido desde que se escribieron los Evangelios, dos tradiciones, y si es lícito hablar así, dos comprobantes ó registros que han asegurado su autenticidad original y su constante integridad, con tanta mas certeza, cuanto que estos dos comprobantes ó registros, siendo enemigos mútuos, se comprobaban ó registraban ellos mismos reciprocamente, formando así una garantía humanamente infalible, puesto que lo era en razón misma de la oposición de sus elementos. Estos dos registros son: el de la fe y el de la impiedad. La tradición cristiana, tradición pública en los fieles y vigilante en sus pastores, ofreciendo por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de los Evangelios desde su redacción. Nos los muestra bajo la pluma, en cierto modo, de los Evangelistas é inmediatamente sirviendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre ellos la leyenda. Al mismo tiempo, los herejes, los judíos y los filósofos comienzan, ó mas bien, continúan aquella guerra que comenzó en torno mismo de Jesucristo, y al fuego de la cual se escribieron los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su fidelidad histórica, y estas son tan evidentes, que se atreven ellos á todo, pero sin que les ocurra negarlas. Los cuatro Evangelios llegan á ser el documento comun, el terreno del combate. Así no ha cesado de darse traslado, de comunicarse estas *probanzas*, este *protocolo de la parte adversa*, desde el origen del *proceso*, á todos los *adversarios* que figuran en él contra nosotros. Lo han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándolos á discutirlo oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para

(1) San Ireneo, lib. III, cap. 2, v. 7.

la defensa ó el ataque: han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrilegas. Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, se nos había de redarguir de falso este protocolo, estas probanzas, que han manoseado sus propias manos durante diez y ocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones, y manchado con el veneno de su impiedad? Esto no sería *admisibile*, jamás lo ha sido, puesto que nunca se les han ocultado las Escrituras, que estas se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.

Sin embargo, en el último siglo se emprendió á favor del tiempo transcurrido y de la prevención de oscuridad que siempre se atribuye á los orígenes de las cosas, el levantar nubes sobre la autenticidad de los Evangelios. Propúsose por primera vez esta cuestión, y fué objeto de grandes trabajos que han terminado en Strauss, como la expresión mas avanzada de la crítica enemiga. Pero Strauss retrocede ya voluntariamente en la tercera edición de su *Vida de Jesus*, [1] en que declara haberse aminorado con un nuevo estudio el valor de sus dudas contra la autenticidad de San Juan y sobre el valor que merece, reconociendo también ser igualmente documento digno de fé una epístola de San Pablo, redactada treinta años después de la resurrección, en presencia de testigos que aun vivían. Igual confesión hizo el doctor de Wette, en su *comentario de San Juan*. Este fué el principio de la reacción contra la sorpresa que causó á la fé de los siglos una erudición falsa. Levantáronse defensores de la verdad en Alemania, donde se había concentrado el ataque, y completando sus grandes trabajos los que habían aparecido anteriormente en Inglaterra, hicieron arrepentir para siempre á la incredulidad de su tentativa. La autenticidad de los Evangelios que había sido hasta entonces del simple dominio de la tradición, como hemos demostrado arriba, pasó en adelante al de la ciencia; y el Cristianismo se enriqueció una vez mas, con los ataques de sus enemigos.

Hoy se halla agotada esta cuestión; pero estaba reservado á M. Renan consentir la sentencia y enterrar á Strauss.

Veamos cómo. En primer lugar, es una observación juiciosísima la que se escapa de su pluma al fin de su libro, al decir que, "por una rara singularidad de la historia, vemos mucho mejor lo que pasó en el mundo cristiano desde el año 450 al año 75, que en tiempos menos remotos (2)."

El beneficio de esta observación se aplica casi exclusivamente á los escritos del Nuevo Testamento, y mas particularmente á los Evangelios. Hay en ellos, en efecto, un carácter que distingue la historia del Cristianismo de todas las demas historias. En todos los orígenes de estas se nota oscuridad, al paso que ilumina la cuna de aquella la luz mas clara y viva; porque el héroe mismo de esta historia, es la luz con que ío ilumina todo á su alrededor,

(1) Prólogo de la 3.ª edición, y sección III, cap. IV, pár. 36.

(2) *Vida de Jesus*, introducción pág. 6.

y con que aparecen deslumbradoras las páginas de su Evangelio. Toda historia parece pálida al lado de este luminoso carácter, y se hallan menos justificados los hechos de Sócrates de que nadie duda, que los de JESUCRISTO (1). De manera, que como dice muy bien Schelling: "Desde el punto de vista mismo de la filosofía, el Cristianismo no es solamente una pura concepción de la inteligencia, sino que es otra cosa además, es un hecho y el más grande de todos, y este hecho tiene por centro la persona de CRISTO, CRISTO tal como nos lo ha representado el Evangelio (2)."

En esto se separa M. Renan de Strauss, quien solo ve en JESUS un ideal teológico y legendario: "Háse equivocado M. Strauss, dice, en su teoría sobre la redacción de los Evangelios, y su obra tiene, en mi juicio, el defecto de apoyarse demasiado en el terreno teológico y muy poco en el terreno histórico [3]." Sin embargo, M. Renan cree deber suyo disculpar a Strauss, en una nota al pie de la página, de haber negado la existencia de JESUS, y llama extraña y absurda calumnia ésta opinión que se tiene generalmente de su sistema. Es verdad, en efecto, que reconoce Strauss que existió un Cristo cualquiera, pero también lo es que niega la existencia de CRISTO, tal como nos lo representa el Evangelio, y que forma de él un fantasma puramente legendario, y esto es lo que es extraño y absurdo. Estaba reservado, no obstante, a M. Renan proceder peor todavía; porque por lo menos Strauss respetó y admiró en este fantasma legendario de JESUS el ideal evangélico; pero M. Renan ha sustituido a él el fantasma de su impiedad. Solamente ha querido darle una base histórica, aprovechándose para ello de las mismas confesiones que le arrancaba la necesidad.

Y en efecto, el terreno evangélico es según confesión suya, un terreno histórico: "Gracias a los laudables trabajos de que ha sido objeto esta cuestión desde hace treinta años, un problema que se juzgó en otro tiempo inaccesible ha obtenido una solución, que si bien es cierto que se presta aun a muchas incertidumbres (preciso es dejar pasar por ahora a M. Renan esta reserva que en breve apreciaremos) satisface plenamente las necesidades de la historia (4)."

Y en primer lugar, "si son los Evangelios de las personas cuyos nombres llevan, sin dejar de ser legendarios (por la única razón ya dicha de ser imposible lo sobrenatural), tienen un gran valor, puesto que nos hacen ascender al medio siglo que siguió a la muerte de JESUS, y aun en dos casos, a los testigos oculares de sus acciones [5]."

"Desde luego casi no es posible dudar respecto de San Lucas, puesto que su Evangelio es una composición regular fundada en documentos anteriores. El autor de este Evangelio es ciertamente el mismo que el de los Actos de los Apóstoles. Ahora bien, el autor de los Actos es un com-

(1) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

(2) *Discurso de apertura*, Berlin. *Revista indep.* de 1.º de Mayo de 1842.

(3) *Vida de JESUS*, introducción pág. 8.

(4) *Vida de JESUS*: introducción, pág. 16.

[5] *Ibid.*, pág. 16.

"pañero de San Pablo, título que conviene perfectamente a San Lucas." M. Renan asigna aquí a San Lucas una fecha posterior al sitio de Jerusalén, por la única razón ya apreciada y que él mismo viene a reconocer, de la claridad de la profecía de JESUS sobre esta ciudad. "Aquí nos hallamos, continúa, en un terreno sólido, porque se trata de una obra escrita enteramente de la misma mano y con la más perfecta unidad ó trabazón (1)."

"Aquí reconocemos a un biógrafo del siglo primero, a un artista divino, que independientemente de las noticias que adquirió en las fuentes más antiguas, nos muestra el carácter del fundador con rasgos tan felices, con tal inspiración en todo, y tan de relieve, cual no se encuentra en los otros sinópticos [2]."

"Y en efecto, los Evangelios de Mateo y de Marcos no tienen casi ni con mucho el mismo sello de la individualidad. Son composiciones impersonales, en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa su nombre propio en esta clase de obras (contradicción flagrante con lo que acaba de decir en algunas líneas más arriba). Pero si tiene fecha el Evangelio de Lucas, también la tienen los de Mateo y Marcos, por que no hay duda que el tercer Evangelio es posterior a los dos primeros [3]" y que en su consecuencia, estos son de la primera generación.

En cuanto a su valor, se eleva de la inferioridad en que acaba de ponerlos M. Renan con relación a San Lucas. "Mateo merece en efecto, evidentemente, una confianza extraordinaria por sus discursos: aquí están los Logia, las notas mismas tomadas según el vivo y claro recuerdo de la enseñanza de Jesucristo. Una especie de resplandor suave y terrible a un tiempo mismo, una fuerza divina, si es lícito hablar así, subraya estas palabras, las desprende del contexto y las hace fácilmente perceptibles al crítico. La persona que quiera hacer con la historia evangélica una composición ajustada a las reglas, posee en este Evangelio una excelente piedra de toque. En él se descubren por sí mismas, por decirlo así, las palabras de JESUS: siéntelas vibrar, no bien se las toca (en este caos de tradiciones de una autenticidad desigual) (4); tradúcense espontáneamente, y vienen por sí mismas a colocarse en el relato, en que conservan un sin igual relieve."

San Marcos tiene distinto valor, pero no menos importante; porque aventaja a San Mateo en la narración, tanto como le es inferior en los discursos. La parte narrativa no tiene en efecto según M. Renan, en San Mateo, la misma autoridad que los discursos, encontrándose en ella muchas leyendas de contorno bastante flojo ó indeterminado formadas por la piedad de la segunda generación cristiana. (En breve investigaremos las razones que debe dar sin duda M. Renan en apoyo de esta grave opinión.) Pero "el Evangelio de Marcos es mucho más firme, más preciso (menos cargado de fábu-

(1) *Vida de JESUS*, introducción, pág. 16.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, pág. 42.

(3) *Ibid.*, *ibid.*, pág. 18.

[4] Ponemos entre paréntesis los pasajes, objeto de nuestras reservas en las citas.

“las tardamente insertas); es el mas antiguo de los tres sinópticos, el mas original (á que se le han agregado menos elementos posteriores.) Los pormenores materiales tienen en Marcos una *lucidez* que en vano se buscaría en los otros Evangelistas. Abunda en observaciones minuciosas, provenientes, sin duda ninguna, de algun testigo ocular. Nada se opone á que este testigo ocular, que siguió evidentemente á Jesus, que le amó y contempló muy de cerca, que conservó una viva imágen suya, no sea el mismo apóstol Pedro, como quiere Papias (1).”

A cada uno de los tres primeros Evangelios lo recomienda tambien en un alto grado de autenticidad y credibilidad por caractéres diferentes, cuya reparticion ó aplicacion negamos, por supuesto, pero en que admitimos la confesion que encierran.

Queda el cuarto, el de San Juan; M. Renan se halla animado contra él de las mas desfavorables disposiciones; lo cual se concibe si se advierte que este Evangelio está compuesto mas particularmente en contra suya; puesto que lo fué contra los que negaban la divinidad de Jesucristo. Así es que M. Renan principia suscitando dudas sobre la autenticidad de este Evangelio y despreciándolo con cierto aire falso de crítica escrupulosa é imparcial. “Todo esto es grave, concluye, y por mi parte no me atrevo á persuadirme de que haya sido escrito el cuarto Evangelio enteramente de pluma de un antiguo pescador galileo.” Hé aquí lo mas fuerte de la crítica contra San Juan. Pero esta crítica no puede sostenerse, viéndose obligado M. Renan por la verdad manifestada en los trabajos de que esta cuestion ha sido objeto, á hacer esta primera confesion.

“Pero en suma, dice en seguida, que este Evangelio salió á fines del siglo primero de la grande escuela del Asia Menor, que se refería á Juan y que nos representa una version de la vida del Maestro digna de tomarse en alta consideracion, y de ser preferida con frecuencia; esto se halla demostrado por los testimonios exteriores, y por el exámen del documento mismo, de una manera que nada deja que desear.”

Desenvolviendo esta primera confesion, hace otra M. Renan, á saber, que el Evangelio, es necesariamente de San Juan mismo. No puede abogarse mejor contra sí; hasta tal punto le impele y le domina la verdad.

“Y desde luego, continua, nadie duda que existiera el cuarto Evangelio hácia el año 150 y que se atribuyera á Juan. Textos formales de Justino, de Atenagoras, de Taciano, de Teófilo de Antioquia, de Ireneo, nos muestran citado este Evangelio desde entonces, en toda clase de controversias y sirviendo de piedra angular al desarrollo del dogma. Ireneo es formal: ahora bien, Ireneo salía de la escuela de Juan, no habiéndose interpuesto entre él y el apóstol mas que Policarpo. No es menos decisivo el papel que representó nuestro Evangelio en el gnosticismo, y particularmente en el sistema de Valentino, en el montanismo y en la querrela de los Quatordecimanos. La escuela de Juan, es pues, la escuela cuya continuacion se advierte mas durante el último siglo, y esta escuela no tiene expli-

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, pág, XXXVII-XXXIX.

“cacion, sino se coloca el cuarto Evangelio en su misma cuna. Añadamos á esto, que la primera epístola atribuida á San Juan es ciertamente del mismo autor que el cuarto Evangelio; y esta epístola se halla reconocida como de Juan por Policarpo, Papias é Ireneo.—Pero sobre todo, lo que produce mayor impresion es la lectura de la obra. El autor habla en ella siempre como testigo ocular, y quiere que se le tenga por el Apóstol Juan. Si pues no es esta obra realmente del Apóstol, es preciso admitir una supercheria que se confesaba asimismo su autor, y no hay en el mundo apostólico ejemplo alguno de una falsificacion de esta clase, no obstante que las ideas de la época respecto á buena fé literaria, difiriesen esencialmente de las nuestras (1).”

Hé aquí, en mi juicio, razones bastante fuertes para deducir que el cuarto Evangelio es de San Juan, de ese gran testigo que refiere lo que vió, lo que oyó, lo que tocó del Verbo de Vida. No obstante, M. Renan no se contenta con estas razones sólidas, y como para hacérselas perdonar, agrega otras fútiles deducidas de reconocerse al Apóstol de la caridad, en este Evangelio, en cierta vanidad y rivalidad celosa que le preocupaba contra San Pedro (¡él, que precisamente es el único Evangelista que refiere la investidura del primado hecha á San Pedro, como testimonio de su amor á Jesus superior al de todos los demas apóstoles!) (2).

La consecuencia inevitable, al parecer, de todo lo que precede, sobre que es indudablemente de San Juan el cuarto Evangelio, experimenta, no obstante, una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan, quien no puede perdonar á este Evangelio el tono místico de los discursos que en él pronuncia Jesus ó de que es objeto sobre su filiacion divina y su encarnacion humana; y hace de ello un cargo á San Juan. De aquí el trabajo que le cuesta confesar su autenticidad, y que llega hasta el ridículo. “A decirlo todo, añade, probablemente el mismo Juan tuvo poca parte en esto; estamos tentados á veces á creer que se emplearon notas preciosas, provenientes del Apóstol, por sus discípulos. Es difícil, á tal distancia, obtener la solucion de todos estos problemas singulares. Sin pronunciarnos sobre la cuestion material acerca de la mano que trazó el cuarto Evangelio, é inclinándonos enteramente á creer, que por lo menos los discursos no son del hijo del Zebedeo, admitimos pues, que este es el Evangelio, segun Juan, en el mismo sentido que son el primero y el último Evangelio, segun Mateo y segun Marcos [3].”

¡Qué miserables tergiversaciones, y cómo dan fuerza á la confesion todos estos rodeos y efugios!

Por lo demas, á pesar del gran valor de credulidad que da M. Renan á los tres primeros Evangelios, á que llama sinópticos, no vacila respecto de la narracion, en declarar superior á ellos el Evangelio de San Juan.

“Añadiré, dice, que en mi opinion, esta escuela de Juan (cuya cuna fué

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, pág, XXXV-XXXVII.

(2) *Joan*, cap. XXI, v. 15.

(3) *Vida de Jesus*: introduccion, pág. 36.